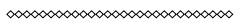


LA PARTIDA

El rugby en Argentina no es un deporte de participación masiva. Las lógicas de integración tienen que ver con obturaciones en el espacio de las instituciones dedicadas a la práctica, que establecen que sólo lo practiquen determinados agentes cuyos capitales acumulados –sociales, culturales, económicos–, sostengan y garanticen la inclusión en el espacio. El *prestigio social* atribuido por los propios agentes practicantes de este deporte, será entonces uno de los ejes centrales del análisis. Hemos reconocido, delimitado y nombrado, provisoriamente, a nuestros sujetos de observación como *sectores dominantes*. La categoría alude a los agentes mejor posicionados en las estructuras materiales y simbólicas que se establecen a partir de la distribución –desigual– de capitales. Aunque, en algunos casos, el desnivel entre los jugadores de rugby sea notorio y demasiado evidente. Pero ese desnivel no es la tendencia que caracteriza al espacio, sino sólo algunas excepciones, que en este trabajo analizaremos. Sobre todo para pensar y entender cómo circulan las ideas dominantes en un campo. Esto nos habilita a pensar en cómo se *forma* una clase, más que en dar por constituida *naturalmente* una clase. Pensaremos a la clase, analíticamente en “movimiento”, como experiencia vivida y vivible, como formas de organización que se encarnan en un determinado grupo de personas, se hacen cuerpo en sujetos reales, organizando formas culturales que se traducen en tradiciones, costumbres y valores (Thompson, 1989; Hall, 1994).

Durante finales del año 2009, todo 2010, 2011, 2012 y parte del 2013, el trabajo de campo se basó en la construcción de datos a través de la vinculación con los sujetos investigados en los clubes La Plata Rugby, Universitario y Albatros¹. Las entrevistas etnográficas nutrieron el análisis, relacionándolas con entrevistas semi-estructuradas, búsqueda de documentos históricos sobre el campo, y observación participante y no participante en espacios cotidianos como el gimnasio de musculación, fiestas nocturnas, cumpleaños, entrenamientos, espectáculos artísticos, salidas nocturnas, peña folklórica, viaje de ocio, partidos oficiales, trámites



1 Este artículo es el resultado de discusiones y reflexiones en torno a mi tesis doctoral, “Deporte y masculinidades entre sectores dominantes de la ciudad de La Plata. Estudio sobre identidades, género y clase” (2015), dirigida por el Dr. José Garriga Zucal y Co-dirigida por el Dr. Pablo Alabarces.

distantes, y pensando en clivajes como la clase social, o la etnia, o la edad. Con el objetivo de superar las visiones que restringen el análisis sólo desde una perspectiva androcéntrica y pensar en un universo más amplio que las oposiciones, por ejemplo, entre lo innato o lo adquirido, o el género o la diferencia sexual (Burin y Meler, 2009), creemos que: “*La estereotipia de Género, que es un ‘trabajo cultural’ en sí misma, niega las amplias similitudes existentes entre mujeres y varones y destaca la polaridad desconociendo la gran variabilidad que existe al interior de cada subconjunto genérico [...] El género, la clase, la etnia y la edad, se entrecruzan para construir subjetividad*” (Burin y Meler, 2009:43).

En el problema de la construcción de masculinidad por parte de jugadores de rugby en la ciudad de La Plata y su puesta en práctica, se exhiben ciertas formas de *ser hombre* de manera asimétrica, tanto con mujeres como con otros hombres que no responden a actitudes, atributos o propiedades que hay que poseer para ser un *hombre verdadero*. Estamos hablando, en principio, de una masculinidad dominante o hegemónica, dentro del espectro de múltiples masculinidades; que tiene que ver con un contexto de estudio, las características de un objeto y de sujetos de investigación históricamente determinados por variables, fundamentalmente, que se relacionan con la clase social y, en consecuencia, con una posición de privilegio en la ciudad de La Plata.

Rodrigo Parrini y Patricio Cabrera (1999) reconocen, por un lado, a los autores anglosajones como pioneros que se preocuparon por pensar el concepto de masculinidad hegemónica. Entre esa lista están Connell (1995, 1998), Kimmel (1997), Kaufman (1997) y Seidler (1994). La necesidad de una definición para un problema político que explique la estructura patriarcal sostenida por un modelo capitalista es asociada por estos autores, justamente, a una masculinidad legítima en el sistema patriarcal, garantizando la posición dominante de ciertos hombres y ubicando en posiciones subalternas a las mujeres, y a otros sujetos. Esa masculinidad dominante se caracteriza por la centralidad de la heterosexualidad como mandato, conjuntamente con una activa sexualidad que se corresponda con el ejercicio viril de ese modelo masculino. La hombría, para estos autores, puede probarse en la práctica sexual con las mujeres como un registro de importancia vital para demostrar atributos. Parrini y Cabrera sostienen que, “*una forma de masculinidad puede ser exaltada en vez de otra, pero es el caso que una cierta hegemonía tenderá a establecerse sólo cuando existe alguna correspondencia entre determinado ideal cultural y un poder institucional, sea colectivo o individual*” (1999: s/pp.).

El sentido de la hegemonía radica en la constitución de símbolos y de un conjunto de prácticas eficaces, tales que, se constituyen en destrezas aceptadas y legitimadas por el resto de los colectivos.

Pero, ¿qué elementos contienen y definen a una masculinidad dominante? Élizabéth Badinter (1994) afirma que la característica distintiva de una verdadera masculinidad contemporánea es la heterosexualidad, convirtiéndola (coincidiendo con Bourdieu) en un fenómeno que aparece como “natural”. Es decir, la sexualidad es una prueba central de la identidad masculina, de cómo y con quién se tiene sexo. Quien no cumpla con el precepto, quedará excluido de la grupalidad masculina. Sin embargo, dice Judith Butler, que romper con las nociones esencialistas sobre el género, “*es aceptar que el género, entendido como forma cultural de configurar el cuerpo, está abierto a su continua reforma, y que la ‘anatomía’ y el ‘sexo’ no existen sin un marco cultural*” (Butler, 2015 [2006]:25).

Para Michael Kaufman, dice Parrini (1999), el elemento fundamental de la subjetividad masculina es el poder, que sostiene y justifica un sistema de dominación sobre los hombres que no cumplan las prescripciones hegemónicas y, por supuesto, sobre las mujeres. Es histórico y tiene continuidad a través de la reproducción de un sistema de control y poder.

Junto a David Gilmore, pensamos cómo conciben y experimentan la masculinidad los jugadores de rugby observados. Reflexionamos que la masculinidad, según Gilmore, es la forma de ser varón adulto en una sociedad determinada, y en la preocupación que muchas sociedades tienen al respecto, necesitando y considerando la posibilidad de lograr ser “un hombre de verdad” o un “auténtico hombre” (Gilmore, 1994). Esto es concebido como un premio que se logra con esfuerzo en diferentes esferas y se conquista ante la aprobación cultural de esas sociedades mediante prácticas, pruebas y diversas modalidades de llegar a poseer una “verdadera virilidad”.

Dice Bourdieu, a propósito de la legitimidad social y cultural de la dominación, naturalizada en la división de las realidades sexuales que se inscriben socialmente en el cuerpo que:

“Cuando los dominados aplican a lo que les domina unos esquemas que son el producto de la dominación, o, en otras palabras, cuando sus pensamientos y sus percepciones están estructurados de acuerdo con las propias estructuras de relación de dominación que se les ha impuesto, sus actos de conocimiento son, inevitablemente, unos actos de reconocimiento, de sumisión. Pero por estrecha que sea la correspondencia entre las realidades o los procesos del mundo natural y los principios de visión y de división que se aplican, siempre

queda lugar para una lucha cognitiva a propósito del sentido de las cosas del mundo y en especial de las realidades sexuales” (Bourdieu, 2000:26).

La división social del sexo y de género, se vuelve “naturaleza biológica” a partir del sistema de visión y división del mundo dominante.

SER MACHO

“La Subcomisión de fiestas le agradecerá su asistencia, acompañado de su señora o su novia, a la comida que tendrá lugar el viernes 29 del corriente, a las 21 hs. en el Club. NO FALTE”³

En una de mis participaciones en los entrenamientos de Albatros Rugby Club, una joven⁴ que observaba aquella práctica me contó que en su colegio (tradicionalmente vinculado a una cultura masculina, donde sólo asistían hombres, y de un círculo privilegiado de la sociedad) los jóvenes que no jugaban rugby eran “*así como... gays*”, y que jugar al rugby es “*lo que correspondía. Lo normal*”. La normalidad estaba signada, según la joven, por hacer o no hacer cierta práctica, o actuar de determinada manera. En este caso jugar al rugby era para los varones y se correspondía con un signo heteronormativo. Era la regla que, por supuesto, marcaba la contraparte: ser gay.

Aquella misma noche salimos del club con Nacho⁵ aproximadamente a las 23:30 horas. Yo notaba que Nacho estaba molesto con algo o con alguien. Le pregunté y me dijo que estaba un poco “*fastidioso*” porque no había entrenado como esperaba y que “*a nadie, en el club, le importa*”

oooooooooooooooooooooooooooo

3 Boletín Informativo Número 1 – Año 1 – Mayo 1953 – De El Bosque Rugby. Página 2.

4 Era la hija del secretario técnico, de aproximadamente quince años. Juega al Hockey en el Club San Luis. El Club San Luis, forma parte de la Institución educativa, el colegio San Luis, correspondiente a la congregación de orden católica de los Hermanos Maristas. Tradicionalmente era un colegio donde asistían sólo varones, y el acceso a la institución era restringido -selectivo-. Hoy, son aceptadas las mujeres. Era la única chica que había en todo el predio.

5 Jugador de Albatros e interlocutor clave a lo largo de todo mi trabajo de campo. Todos los nombres, de todos los actores de la investigación, serán modificados para preservar sus identidades. Los hombres y jugadores que presento en este trabajo, oscilan entre los 25 y 35 años.

club, excepto dos amigos de la infancia y la juventud, y yo. A esa altura ya conocía a todos, pero grupalmente, y en situaciones festivas, sólo nos habíamos encontrado en los “tercer tiempo” y en las noches de bares.

La tematización de las charlas era casi uniforme. Los temas eran aventuras sexuales con mujeres, anécdotas picarescas con las novias o de esposas quejándose de tal o cual actitud de sus hombres, situaciones de entrenamientos o partidos oficiales y humoradas enfocadas en alguno de los participantes como focos del ridículo (que variaban, nomás, entre cinco o seis comensales). En un determinado momento, me di cuenta que los principales narradores de historias y quienes llevaban adelante el hilo conductor del encuentro grupal me observaban y me hablaban a mí. Más en una actitud de insertarme en sus realidades, que de otra cosa. Percibí que me querían poner al tanto de sus particularidades como grupo, y de sus jerarquías: de quién hablaba más, de quién lo hacía en tono más fuerte, de quién era capaz de interrumpir a otro comensal y expropiarle la palabra, y de quién lograba la mayor atención entre sus miembros. Es que a los dos amigos de Nacho, que no jugaban rugby, ya los conocían de otros cumpleaños y, además, algunos de los compañeros de Nacho sabían (con mayor o menor exactitud) que yo estaba siguiendo sus prácticas para “algo de la Facultad”.

La mayoría tomaba Fernet Branca con Cola, haciendo hincapié en que el trago debe llevar en su mayoría más Fernet que gaseosa, “*porque así lo toman los hombres*”, decía Tartu, uno de los animadores del encuentro. Hasta que llegó uno de los colaboradores de los entrenadores. Un hombre canoso, flaco, de mediana altura, que trajo una botella de whisky entre sus manos. Cuando ingresó al quincho dijo: “*este no es para cualquiera, es escocés, lo mejor de lo mejor*”, haciendo alarde de la bebida que había traído. No logré observar qué marca era para intentar corroborar, luego, de qué tipo de prestigio estaba hablando para pensar en el consumo de ese whisky. Pero sí sé que entre los denominados veteranos, el consumo de whisky opera como una marca distintiva generacional y tradicional en el campo del rugby. Como dijimos más arriba, estaba asistiendo a una reunión de hombres donde el cruce de palabras se inscribía y se insertaba en los cuerpos. Las sanciones y repudios ante una acción significada como

ejemplo, intimidad. Las casas con quinchos suelen estar edificadas en terrenos de varios metros cuadrados.

cumplían con la autenticidad que, entre su círculo de sociabilidad, habilita a una *hombría de verdad*. Es que ella también había incorporado las poses masculinas. Y más aún, el juego entre palabras y cuerpos que asigna una masculinidad verdadera: que se juega en “escenas” donde se pone a prueba la identidad masculina.

Otra apreciación de la escena del cumpleaños es el contacto corporal mediante algún golpe de puño o alguna caricia emulando un gesto de *sensibilidad femenina* a tono de broma, de una ruptura momentánea con la masculinidad y una asociación con la homosexualidad (de forma lúdica, claro). Pero recordaba a esos mismos hombres en los “tercer tiempo” junto a sus mujeres, y ahí el enlace de los cuerpos era diferente. No porque cambiaran un cuerpo por otro, sino porque no había cohibición alguna de manifestar gestos y posturas de cariño (traducidas en otro tipo de sensibilidad). No era un signo de precariedad física, ante la demostración de ser hombre de verdad. Contradiendo a La Cecla, estamos pensando en un contexto diferente, en un marco de habilitación que permite la no cohibición, en situaciones donde los cuerpos no se imitan. Era la situación de entrar en contacto con mujeres, pero sin peligro ni amenaza de perder la autenticidad de hombría. Allí no hay nada que imitar. Esa situación, más el abrazo que enlaza a todos los participantes de un entrenamiento antes de comenzar y al finalizarlo, y el abrazo grupal que acompaña la arenga antes de un partido oficial, son instancias donde parecería ser que la portación de esa masculinidad se suspende, provisoriamente, de acuerdo, claro, al resto (y a la mayoría) de las palabras y las posturas corporales cotidianas. Pero eso no va en detrimento de la propia masculinidad mostrada y construida habitualmente. Por eso es que Nacho define y delimita los lugares donde sí hay encuentro e imitación de posturas y palabras, al igual que la joven del entrenamiento, y los participantes de la ceremonia del cumpleaños. Complementaremos esta explicación, en el siguiente apartado.

LOS BORDES DE LA MASCULINIDAD

El miércoles 5 de Octubre de 2011 recibo una llamada de Nacho, llorando. Nunca lo había escuchado (ni visto) llorar, y menos aún en ese estado. Me contó que la novia lo había “dejado”. Entre las lágrimas, esgrimía una y otra vez que no entendía por qué había sucedido, por qué lo había “dejado”. Con esa llamada pude interpretar que yo había sido seleccionado entre su espectro posible de relaciones, para desahogar lo que Nacho sentía como una pena, como una situación angustiante. Yo me preguntaba por

qué, sobre todo pensando, según lo repetido por Nacho (constantemente), por qué no recurría a apoyarse con sus “hermanos” (así los categoriza él) compañeros de rugby. En mi pregunta desbordaban varios prejuicios que intenté destruir, entendiéndolo –y asumiendo– que habíamos establecido una relación afectiva, basada en la reciprocidad. La diferencia, creo, es el menor o mayor grado de consciencia que cada uno tiene sobre esa reciprocidad: a través de él, yo intenté conocer el mundo del rugby y establecer relaciones en tanto género, clase e identidad, y él encontró la posibilidad de ser escuchado, de mantener charlas que, por lo que comencé a percibir, no eran habituales en él. Comencé a preguntarme también si Nacho hablaría de estas cuestiones (en este caso, del categorizado *abandono* de su novia) y si lo haría en estos términos, sin limitarse, ni medirse en palabras o estados (por ejemplo llorar ante otro hombre), con sus compañeros de rugby.

El viernes siguiente al llamado de Nacho indagué si había compartido el tema del *abandono* de su novia con sus compañeros de rugby. Con voz cortante y tono bajo, me contestó que “*mucho no pude hablar, entre que empezás a entrenar, y terminamos todos muertos, la charla no se da*”. Sólo le comenté (“*por arriba*”) a algunos compañeros con los que tiene mayor grado de confianza, y ellos le sugirieron que “*deje de andar atrás de la mina, que iba a quedar como un boludo*”. Los consejos le indicaban a Nacho que debía alejarse de una situación, según sus compañeros, humillante.

Pensé en esos comentarios “*por arriba*” que compartía con sus compañeros de rugby, y los comparaba con los relatos abiertamente detallados que Nacho me expresaba en relación al supuesto *abandono* por parte de su novia. Si “*por arriba*”, significaba no profundizar en detalles como, por ejemplo, haber llorado delante de su novia, o llamarla por teléfono constantemente, o declararle todo su amor en una charla, ¿por qué me los contaba a mí?

Nacho conocía el trabajo que estaba haciendo, y muchas veces hemos charlado de temáticas relacionadas al campo de la política, de la economía o de la cultura. Cada vez que debía presentarme ante alguien, repetía casi de memoria “*él es Juan, un amigo. Es un tipo muy inteligente y muy reflexivo*”. No expongo esta representación de Nacho sobre mí, para fortalecer mi ego; lo pongo en relación a mi posición de investigador, en tanto actor situado en un sistema de reciprocidades. Me di cuenta que Nacho encontró un provecho en mí. Yo entendía que debía emitir cada vez menos valoraciones sobre lo que él hacía con su novia. Así logramos lo que los dos queríamos: el diálogo. Naturalizamos nuestros lugares en el vínculo: él hablaba y yo escuchaba. Cada tanto, opinaba sobre lo que me parecía

que podía colaborar en el bienestar emocional de Nacho. Pero no más. Allí comencé a sospechar que entre sus compañeros, Nacho no era habilitado para detallar el problema con su novia, o que Nacho no permitía habilitarse porque no estaban las condiciones dadas para que muestre y cuente todo lo que me mostraba y contaba a mí. Sobre todo, porque el *abandono* de una mujer era significado como una humillación. E insistir en recuperar el vínculo con esa misma mujer era doble humillación. Creo que Nacho se permitió conmigo, a partir de la coyuntura y nuestro vínculo forjado, otra dimensión de su masculinidad y, a su vez, las valencias identitarias (en relación a los modos en los que debe comportarse un “*verdadero hombre*”), que sus propios compañeros de rugby atribuyen como negativas. La muestra de Nacho y compartir su ruptura con su novia, me permitían establecer algunas pautas relacionadas con su grupo de sociabilidad. En este caso, otro tipo de masculinidad que era negada. Una masculinidad vinculada con lo sentimental, lo emocional, lo amoroso, y con la inversión de un orden imaginado, desde el mundo masculino, como lo no posible: ser “*humillado*” –según los interlocutores– por una mujer. Era una clara sanción de la mayoría de su círculo de sociabilidad, que establecían lo permitido y lo no permitido. Lo habilitado y lo no habilitado, vinculado a qué tipo de masculinidad era necesaria en los momentos compartidos en el club. Porque escuchar el relato y aceptar la pena de Nacho, significaba aceptar, ahora sí, una precariedad emocional no permitida en el mundo de los hombres. O por lo menos, no mostrada.

Norma Fuller (1997) aporta algunas ideas sobre las concepciones que los hombres peruanos de clases medias urbanas tienen sobre la masculinidad hegemónica. Y explica que esas concepciones son, muchas veces, negociadas con mujeres habilitadas por la misma posición intra clase. Lo cual lleva a la pregunta de cómo se administra, en el orden de lo privado, al interior del hogar, las relaciones y las pujas por la autoridad, ante una supuesta muestra de confrontación. Este argumento de la disputa, más el análisis de Claudia Fonseca (2003), al pensar sobre las etiquetas colocadas a los hombres (tanto por los mismos hombres y por las mujeres que reproducen ese orden cuasi normativo), al deshonorar a un hombre su capacidad sexual y su verdadera hombría, luego de ser engañados por sus parejas, con otros hombres. La masculinidad y el honor quedan en jaque, ante el supuesto desprestigio atribuido al engaño; y más aún si la infidelidad se produjo bajo un plan de escamoteo, sutilmente pensado por la mujer.

Lo que se esquivo es el desprestigio. Si bien la explicación de Nacho

no remitía a un engaño por parte de su pareja, sí podría ser considerado, por sus compañeros, como un símbolo de desprestigio: la humillación de *ser abandonado* se paga entre los pares. Y Nacho no quería pagar los costos de semejante deshonra. Situación inversa a la de Palote, un *forward* del club que le fue infiel a su pareja, y fue descubierto. Palote intentó cubrirse e inventó una ficción involucrando a varios de sus compañeros del club, tratando de desmentir el acto de adulterio. Sus compañeros no lo perdonaron y Palote dejó de ir al Club. Luego de tres meses, volvió. Nacho justificaba su ausencia, ante mí, diciendo que *“encima que es un boludo y lo agarraron, mandó en cana al resto. ¡Que se joda, eso le pasa por no hacerla bien!”*. Es que las relaciones extraconyugales y el prestigio guardan relación directa para los interlocutores. Si bien cada historia de infidelidad es compartida grupalmente, circula por un relativo espacio de lo secreto, según diría Elias, en épocas anteriores: *“La legitimación total o parcial que pudiera prestar antaño la opinión social para las relaciones extraconyugales, tanto del marido como de la mujer, tiende a desaparecer, aunque a veces se den movimientos en sentido contrario. El quebrantamiento de esta prohibición, con todo lo que ello conlleva, se incluye en consecuencia en la esfera de lo secreto, de aquello de lo que no se puede hablar y de lo que no se debe hablar sin correr peligro de perder prestigio o incluso de perder la posición social”* (Elias, 2009 [1977]:279).

La etiqueta del desprestigiado en este caso se le asigna por falta de astucia. Hay ciertos bordes donde se puede estar cerca de la deshonra masculina. Pero hay estrategias constantes de fijación de esa identidad que, como dijimos más arriba, tienen que ver con la palabra que se hace cuerpo.

¿QUÉ ES SER HOMBRE, ENTONCES?

Dos años después, con Nacho ya en pareja, y con un alto grado de confianza en nuestro vínculo, compartimos charlas sobre temáticas diversas, sin mucha atención en alguna. Excepto en su relación con su nueva novia. Me contó sus malestares, miedos e incomodidades, en el medio de mi rutina en su gimnasio. Me dijo que él pretendía que su novia le *“entregue, lo mismo que él le entregaba”*. Que para él era *“todo”*. Me dijo que siente que para su novia, él no es prioridad. Lo aconsejé diciéndole que esté tranquilo, que para mí ella estaba pendiente de él, y que lo quería porque, de alguna forma, lo estaba eligiendo a él para ser su pareja. Pareció tranquilizarse. Mientras yo estaba terminando mis ejercicios, llegó su

madre con comida (eran casi las 13:00 horas). Justo antes yo le pregunté qué comía todos los días, y me dijo “*Mi vieja* (por su madre) *siempre me trae algo*”.

Un par de días después, a eso de las 13:30 llegué al gimnasio. Ni bien ingresé, Nacho me recibe con una frase (con tono de broma, y algo de seriedad): “*¿vas a entrenar en serio, viejo? así no va...*” Nos reímos, y nos saludamos. Yo intuía que se había olvidado que yo los miércoles no puedo ir al gimnasio. Igualmente, me llamó la atención (luego, pude empezar a construir mi hipótesis de por qué me esperaba). En el gimnasio estaban su madre y su padre (haciendo trabajos en el sector del patio del gimnasio. Los días que fui al mediodía, coincidimos con su padre o con su madre), su hermano (estaba entrenando), un alumno que no conocía, y un *forward* del club, al que llamaré Silvio. A Silvio lo apodan “*paraguayo*”. Según Nacho, le dicen “*paraguayo*” porque se construyó su casa. Es decir, puso su mano de obra. Silvio fue quien, en mi primer entrenamiento, bromeó junto a otro *forward*, dándome besos en uno de mis lóbulos, desplegando juegos homoeróticos delante de parte del grupo. Lo saludé, dándole la mano y un beso.

Continué con mis ejercicios, cuando en un momento cruzamos miradas con Silvio, y me dio a entender (o yo quise entender) que estaba cansado. Entonces le dije, para lograr empatía y romper el hielo: “*estás deseando terminar, ¿no?*”. Y me contestó: “*Sí, pero igual lo duro es a la noche*”, haciendo referencia al entrenamiento del club.

Fui al baño, y cuando volví, Silvio le estaba contando a Nacho que a su hija pequeña la había mordido un perro que tienen. Los dos se reían y me volvían a contar lo que parecía una transgresión: un perro que muerde a una niña, y la niña no llora ni presenta ningún signo de dolor. Nacho me lo explicaba, con una broma, exacerbando la filiación entre un padre que juega al rugby, y su pequeña hija, criada –justamente– por un hombre que juega al rugby, invirtiendo la historia de la mordedura: “*en vez de que el perro muerda a la nena, ¡la nena muerde al perro! ¡Imaginate!. ¡Y esa es la nena eh! El nene*, (luego le pregunté a Silvio cuántos hijos/as tenía. Me dijo que tres: dos nenas y un nene) *¡es un faquir! ¡duerme en camas de clavos! Se está preparando*”. Silvio se reía, y me miraba moviendo la cabeza, con gestos de resignación. Los dos le otorgaban un carácter “natural” (y celebratorio) a la anécdota, mostrándome a mí, en realidad, cómo estaba criando Silvio a sus hijas/o. Silvio expone un relato y un gesto de consagración masculina, que tiene que ver con sobreponerse al dolor físico. Cuestión que ellos creen haber aprendido “*viendo*” y “*estando*”. Es que la propuesta masculina es ser

duro y valiente. Inclusive en la inculcación hacia su hija, respecto al relato ante mí.

Se fueron yendo de a poco: el hermano de Nacho, el alumno que no conocía, su padre y su madre, y finalmente Silvio. Ni bien se fue Silvio, Nacho no me dio tiempo a nada, se sentó y comenzó a hablar mucho. El tema: su novia, y la aparente separación, transcurrida esa semana. Me contó sus sensaciones en relación a casi todas sus parejas. Sus angustias, sus miedos, sus inseguridades relativas a *“qué hacer para que Soledad esté bien. No sé qué hacer. Al final es preferible que la trate como su ex novio la trataba”*. Nacho hablaba mucho, como desahogándose. Sacando palabras contenidas. Parecía que esa contención la venía practicando hace unos días. Necesitaba hablar. Me contó que su novia había decidido distanciarse de él, que necesitaba estar sola. Y que él no lo podía entender. Que le daba bronca, impotencia, porque, me dijo, *“Yo soy un buen tipo. Me lo dicen mis amigos, mi familia. Soy un laborante, respetuoso, tengo mi emprendimiento propio (se refiere al gimnasio). Soy un buen partido para cualquier chica. Pero yo la quiero a ella. Y se lo dije. Pero no sé. Me duele. Me siento frustrado como hombre”*. Yo intentaba tranquilizarlo y aconsejarlo en que esté tranquilo, que le serviría a él de aprendizaje.

Me dijo que le costaba, y que encima hoy en el entrenamiento, no quería que le pregunten sobre su situación sentimental porque tendría que dar explicaciones que no quería dar. Y me dijo: *“no es un lugar donde se pueda hablar de estas cosas. Mis amigos están en otra”*. ¿En cuál?, le pregunté. *“Y... en la joda, en el descontrol”*, refiriéndose a salidas. *“Con el único que puedo hablar de esto, es con Tato”*. Sigo sosteniendo mis preguntas sobre la masculinidad que, a través del relato de Nacho y lo observado, he construido. Esto es: ¿hasta dónde llegan los límites de la educación sentimental de los hombres, entre un grupo de hombres? ¿qué es lo decible y lo no decible? ¿qué se puede mostrar y qué no? ¿cómo nos han educado emocionalmente a los hombres?.

En su incompreensión por lo sucedido con Soledad, Nacho me contó (no es la primera vez que lo hace) sobre la situación de Soledad y cómo era para él la familia de Soledad y, desde ahí, intentaba comprender el alejamiento de ella. Finalizando, me reveló: *“me siento solo, y no quiero sentirme así. Tengo 32 años y me había puesto las pilas. No descontrolar más. Pero no me sale una”*.

Al lunes siguiente, ni bien llego al gimnasio, Nacho me recibe diciendo: *“¡Me dejó nomás! Estoy re caliente. No pego una loco. Pero quedáte tranquilo que estoy entero. No se merece que se me caiga una lágrima. Ella se lo pierde...”*

seguramente se va a cruzar con algún hdp (hijo de puta) y va a valorar tarde que me perdió". Antes de responderle, vaticiné de quién hablaba. No era necesario comprobar que se refería a su novia. Sólo atiné a decirle que se tranquilice, que tenía que pensar que su novia no estaba en el momento justo para estar en pareja (no sabía muy bien qué comentario hacer). Y él me respondió: "*Si Juan. Estoy bien. Decepcionado nada más. Mañana hablamos*", y siguió trabajando con el resto de los alumnos.

Pensando en las recurrencias de sus relatos, me llamó la atención las reiteradas manifestaciones en relación a su sentimiento de decepción. Creo, revisando las charlas anteriores, que esta cuestión de su decepción tiene que ver con lo que pude establecer como impedimento, para Nacho, en relación a ciertos lugares que son representados como contrapartida al honor. En este caso: "ser abandonado por una mujer". O en el caso de Tacho, ser descubierto por una mujer. El sentimiento de decepción es generado por el supuesto *abandono* de una mujer, o por no poder legitimar su lugar como "macho", con los atributos asociados a esa posición, dentro del rugby y de sus esferas sociales de participación. Hay un lugar, en esos modos masculinos, para sentirlo como una decepción. Lo que vendría a significar la decepción en un campo donde el honor, la caballerosidad y el sacrificio, son características que cada integrante debe poseer y hacer valer ante sus pares, más que nada.

Esa misma semana, no pude concurrir al gimnasio ni martes, ni miércoles, ni siquiera verlo a Nacho. Pero ese jueves, estaba trabajando y me sonó el celular. Tenía un mensaje que decía "*Hola Juan, ¿cómo estás?*". Era Nacho. Me sorprendió. Le contesté que bien, aunque con mucha tarea. Y le pregunté cómo andaba él. Me dijo que muy mal, que estaba "*hecho mierda*". Enseguida entendí que tendría ganas de charlar con alguien, y le dije que si estaba en el gimnasio y quería, iba para allá. Me dijo que fuera. Llegué, y había un alumno (Nacho los llama alumnos). Me atendió con los ojos con lágrimas, rojos. Sospeché que había llorado mucho. Sin embargo, no le pregunté si había estado llorando. Con tono bajo (para que no escuche su alumno), me contó porqué estaba mal. Su novia le había dicho que quería cortar con la relación. Dejar de verse. Nacho habló mucho. Otra vez parecía como que se detenía el tiempo para él. Se olvidó del alumno, y su rol de coordinador de gimnasio. Compartió sus angustias, malestares y ansiedades. En varios pasajes dejó caer algunas lágrimas (si es que podemos regular el llanto...). Pero al mismo tiempo desviaba la mirada (de mirarme a mí, y al verse interrumpido por las lágrimas, miraba para el costado), apretaba los dientes, y con el puño del buzo (deportivo)

como que las mujeres no sirven para el rugby, que no sé para qué juegan, que es un deporte de hombre, no sé, millones de cosas”. E incluso, me comenta como una humorada, que con el correr del tiempo en vez de decirle por su nombre, sus compañeros le pusieron “Mario”, y ella me dice, “yo me cago de risa, y hasta a veces es mejor. Hablan tranquilos, como si yo fuera uno más. Soy Mario de acá, Mario de allá, Mario traeme un fernet”. Sabrina sabe que atravesará su experiencia en una institución, como dice Sirimarco (2004), sobre-masculinizante como el rugby, encuadrándose en las representaciones que los agentes dominantes de ese espacio construyen sobre ella, más allá de su anatomía, del género (como registro de una forma de actuar), y de que alguna marca y posesión de virilidad, debe poseer. El cambio de nombre, de uno de mujer a uno de hombre, testimonia la eficacia en donde las relaciones entre género y poder tienen que ver con relaciones relativas. En este caso, es cómo se la nominaliza y se la masculiniza al llamarla *Mario*. Para Sabrina implica una pérdida nominal, además de atributos asociados a lo que ella imagine sobre qué implica ser y sentirse mujer. Pero sabe que está en un mundo de y entre hombres, y que los valores de la institución la atraviesan de manera potente y eficaz, siendo ella una fiel portavoz y ejemplar institutriz de la verdadera hombría.

SOBRE EL CUERPO

Una vez cambiado, luego de mi primer entrenamiento, volví al campo de juego. Nacho, en relación a la vestimenta, me había sugerido que llevara “ropa para salir”, porque luego del entrenamiento iríamos a tomar algo. Yo me preguntaba qué sería, para Nacho, “ropa para salir”. Pero es cierto que ya había compartido demasiadas salidas nocturnas como para saber de qué manera vestirme. Un pantalón *jean* color azul, una casaca sobria (si era de las marcas que utilizaban, tanto Nacho como sus compañeros, mejor) y unas zapatillas *sport* (de las que no son específicamente para practicar deportes, sino de suela lisa y que suelen usarse para eventos nocturnos o cotidianamente para concurrir a alguna reunión, como diría Nacho, “medianamente bien presentado”), es el atuendo habitual de esas salidas.

Seguí observando el entrenamiento. Observé que el contacto corporal es inherente al juego. Sin contacto, no hay rugby. Sin impacto o choque corporal, se le puede conferir otro sentido que no es el históricamente otorgado. Por lo tanto, intenté imaginarme cómo serían mis primeros impactos contra otros jugadores ya especializados. Es que la trayectoria biográfica de los jugadores vinculada a la deportiva, en el rugby, es

ya estaba listo para volver, Nacho me informó que habían suspendido las prácticas por receso invernal. No volverían a entrenar por dos semanas consecutivas. Retomé las observaciones, pero esta vez, sin participar directamente. Nacho me preguntaba qué me sucedía. Yo me ubicaba a un lado del campo (con ropa deportiva, aunque no la especializada para entrenar, y observaba). Fueron dos semanas que concurría a los entrenamientos, sin entrenar. A veces me ponía a correr con algunos de los lesionados que debían recuperarse. Yo acusaba dolencias severas en mi rodilla, escamoteando el verdadero entrenamiento. Nacho me preguntaba, en reiteradas ocasiones, “¿y, vas a ir a entrenar?”. Y ante mi negativa, Nacho decidió no insistirme decidiendo que no me preguntaría más, que cuando yo quisiera, podía saltar a la cancha. Pero yo comprendí que concurrir y no entrenar ya no tenía sentido. Sí para interpretar los mínimos detalles conceptuales de la práctica y detallar cómo es un entrenamiento en donde sólo hay hombres dispuestos a mantener un alto grado de contacto, impacto y agresividad corporal. Entendí que no podía lograrlo. Que yo no tenía un *cuerpo duro*.

La Cecla expone la idea del condicionamiento de observar hombres, siendo un hombre. Dice que es el derecho de un condicionamiento, dominado por la parcialidad, y que todo discurso debe partir del interior de una diferencia vivida:

“La diferencia aquí es una condición de partida, y es una condición de dis-gusto, porque es una diferencia que evidentemente ‘no está bien’ si no se acepta de entrada su ‘cercanía’, su desplazamiento respecto a la situación inicial. Hoy, obviamente, ya no se es macho como condición ‘natural’; se es macho con el estrabismo de serlo, con la conciencia, por una parte, de que no es posible serlo del todo, y, por otra, de verse viviendo dentro de esa condición. Como sucede con todo estrabismo, la migraña está asegurada, junto a las náuseas y a los mareos. Verse diferente es de por sí una anomalía, un estado de desorientación [...] No se puede prescindir de ella” (La Cecla, 2004:10).

Aunque también, luego de un tiempo, la hipótesis que sobrevolaba mis reflexiones tomaba fuerza: me resistía a pensarme entre los golpes y los contactos físicos característicos del rugby. La idea de *poner* mi cuerpo en pos de habilitar condiciones de inteligibilidad de las prácticas de los sujetos de la investigación perdía consistencia. El entusiasmo posterior a los primeros días de entrenamiento se desvanecía, mientras pensaba en posibles (posibilidades, no certezas) golpes que condicionen mi vida cotidiana (lesiones graves, golpes severos, etc.). Las diferencias entre mis interlocutores y yo, en torno al dolor, era clara. En contrapartida a mi

postura, Nacho (como tantos de sus compañeros) exponía otra concepción y otros umbrales de dolor diciéndome, ante una eventual fractura del dedo índice de su mano izquierda, “*qué va a hacer. Esto es rugby. Lo único que me duele es no poder jugar*”.

Pensar en una masculinidad dominante, implica pensar en una o en varias dominadas. Sin embargo, durante todo el trabajo, intentamos romper con una idea lineal y mecánica para concebir los modos masculinos de producción social, cultural y simbólica. Esto nos llevó a construir los datos, a partir de nuestra referencia empírica, pudiendo afirmar que el rugby es un espacio donde se conserva y garantiza un modelo masculino basado en la heteronormatividad y la virilidad exhibida en forma constante. Que hay un cuerpo que es atravesado por esa cultura masculina. Pero sin embargo, seguimos creyendo que existen otros modos de construir identidad de género. Otros modos masculinos de *ver, sentir, pensar y actuar* en el mundo, emparentados con lo sentimental, con lógicas de resolución de situaciones que muestran la capacidad amorosa de las prácticas. Debemos discutir seriamente (en todos los espacios: públicos y privados) qué tipo de masculinidad deseamos, y de cuáles hemos sido cómplices para tener los escenarios que se nos presentan, tan desnivelados y vinculados a las desigualdades de género.

.....◇.....

BIBLIOGRAFÍA

- Badinter, Élizabéth
1994. *XY la identidad masculina*. Barcelona: Norma.
- Bourdieu, Pierre
2000. *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Burin, Mabel y Meler, Irene
2009. *Varones: género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Librería de Mujeres Editoras.
- Butler, Judith
2015 [2006]. *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós.
2007. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Buenos Aires: Paidós.
2002. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y los discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- Connell, Robert W.

1998. "Enseñar a los chicos: nuevas investigaciones sobre la masculinidad y estrategias de género para la escuela". Revista *Kikiriki*, N° 47, pp. 51-68. España: Movimiento Cooperativo de Escuela Popular- Grupo Territorial de Sevilla

Connell, Robert W.

1995. *Masculinities: knowledge, power and social change*. Cambridge, Polity Press. (Traducción al castellano: *Masculinidades*. México, UNAM, 2003).

Elias, Norbert

2009 [1977]. *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Buenos Aires: FCE.

Fonseca, Claudia

2003. "Philanderers, Cuckolds, and Wily Women: Reexamining Gender Relations in a Brazilian Working-Class Neighborhood". En: Gutmann, Matthew C. (Ed.) *Changing Men and Masculinities in Latin America*. Durham and Londres: Duke University Press.

Fuller, Norma

1997. "Fronteras y retos: varones de clase media del Perú". En: Valdés, Teresa y José Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Santiago de Chile: Isis Internacional.

Gilmore, David

1994. *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona: Editorial Paidós.

Hall, Stuart

1994. "Estudios Culturales: dos paradigmas". En: *Revista Causas y Azares*, N° 1. Buenos Aires.

Kaufman, Michael

1997. "Las Experiencias Contradictorias del Poder entre los Hombres". En: Valdés, Teresa y Olavarría, José. (eds). *Masculinidades. Poder y crisis*, Ediciones de las Mujeres N° 24, ISIS Internacional, FLACSO-Chile, Santiago de Chile.

Kimmel, Michael S.

1997. "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina". En: *Masculinidad/es. Poder y crisis*, pp. 49-62. Eds.: Teresa Valdés y José Olavarría. Isis Internacional, Santiago de Chile.

La Cecla, Franco

2004. *Machos. Sin ánimo de ofender*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Miguez, Daniel

2002. "Inscripta en la Piel y en el Alma: Cuerpo e Identidad en Profesionales, Pentecostales y Jóvenes delincuentes". En: *Religião e Sociedade*, N° 1, Vol. 22. Porto Alegre: UFRGS.

Parrini, Rodrigo y Cabrera, Patricio

1999. "Subjetividad y sacrificio: configuración de la identidad masculina entre hombres encarcelados". Recuperado el 18 de octubre de 2010 en <http://www.eurosur.org/FLACSO/artparr.htm>

Seidler, Victor

1994. *Recovering the self: morality and Social Theory*. London and New York: Routledge.

Sirimarco, Mariana

2004. "Marcas de género, cuerpos de poder. Discursos de producción de masculinidad en la conformación del sujeto policial". En: *Cuadernos de Antropología Social*, N°20. Buenos Aires, jul./dic.

Versión On-line. Recuperado el 22 de noviembre de 2013 en

http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1850-275X2004000200005.

Thompson, Edward P.

1989. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Tomo I. Barcelona: Editorial Crítica, grupo editorial Grijalbo.

Tonkonoff, Sergio

2007. "Tres movimientos para explicar por qué los pibes chorros visten ropas deportivas". En: *La sociología ahora*. Buenos Aires: Siglo XX editores.